

La humanidad en el amor se abisma  
Y amor es luz.

Los soles de la ciencia  
Alumbran su razón y su conciencia  
Y elevada se ve sobre sí misma.  
Hay aurora, no hay noche. Luce el día;  
Huyen Sileno y Venus impudentes,  
Y ocupa los altares refulgentes  
La bellísima imagen de María.  
El paganismo se redujo á escombros,  
No el placer como dios es adorado;  
Es un Dios azotado,  
Dios que lleva la cruz sobre los hombros.

Lloran bajo las bóvedas del templo  
Ojos hermosos que al placer llamaban;  
Dan de virtud ejemplo  
Quienes ayer al deshonor llamaban.  
Las que antes coronábanse de rosas,  
Contritas y llorosas  
Su antigua culpa con el llanto lavan.  
Y es tanta la bondad que el alma encierra  
Del Redentor que destruyó la muerte,  
Que es más un pecador que se convierte  
Que reunidos los justos de la tierra.

Y vírgenes se reúnen á porfía  
(Cosa inaudita) y mártires sin cuento;  
Es que la humanidad, que al fin vivía,  
Más que al placer amaba al sufrimiento;  
Es que se ha hecho la luz del medio día.

El Dios que sufre, Dios de los dolores  
La humanidad al sufrimiento lleva  
Dulce verdad antigua y siempre nueva;  
El sufrir aquilata los amores.

¡Amar á un Dios! A un Dios enamorado  
Que con amor sin fin paga el cariño,  
Que por hacerse amar se vuelve niño  
Y que se hace Hostia para verse amado.

Y él vive, y él impera, y es el solo  
A quien amando el Cristianismo adora;  
Así do muere el sol como en la aurora  
Y en las planicies del helado polo.  
Amor es Agustín; Tomás, la ciencia;  
Paúl es caridad, del pobre amigo,  
Misionero es Javier; lleva consigo  
El derecho inmortal de la conciencia.  
El Cristianismo al Universo abarca  
Y América es la tierra de María.  
¡Ya es la luz! Y la luz del medio día  
Cual centro halló del Pescador la Barca.

Satán rugió; mirándose vencido  
Su orgullo sin igual que nada doma,  
Que ni á Dios se ha rendido,  
Llora al verse en su sede sustituido  
En sus reinos fortísimos en Roma.  
Allí su altar; allí cual sin segundo  
Dios y rey, su esperanza vió colmada;  
Allí con el altar y con la espada  
Dominó á todo el mundo.

Y hoy Roma es el testigo  
De que el poder de Satanás ha muerto.  
Su altar está desierto  
Y en todo el mundo reina su enemigo.  
Contempla en su tristeza  
Por odio su memoria circuida  
Y reina de los pueblos bendecida  
La que pisó, triunfante, su cabeza.  
Y ruge de furor.

Y las pasiones

Las más abyectas, quiere por aliado;  
 Las llama, y en el hombre degradado  
 Encadenan al mal los corazones.  
 ¡Él lo sabe muy bien! El pensamiento  
 Sigue del corazón la podredumbre;  
 Se resiente la idea del herrumbre  
 Que en el vil corazón tiene su asiento.

Y Satán llama al caos. Y no hay nombre  
 Para llamar lo que la historia ha visto;  
 Miró que contra Dios y contra el Cristo  
 Los derechos proclámanse del hombre.

¡Es la revolución! La voz divina  
 No se oye y sólo á la pasión se invoca;  
 Es la revolución la que coloca  
 En lugar del altar la guillotina.  
 Ella, que se condena por sus labios,  
 Y que usando el derecho del más fuerte  
 Condenaba á los sabios á la muerte  
 Porque no necesita de los sabios.  
 Es la revolución, y "el mundo es mío"  
 Sus nuevos nobles y aúlicos dijeron;  
 Y cayeron cabezas cual cayeron  
 Los trigos ya maduros del estío.  
 Y de aquel charco y lodazal inmundo  
 Que á la diosa Razón un altar fuera  
 Brotó como la chispa de una hoguera  
 El fuego que ha incendiado á todo el mundo.  
 Habló Satán; y el libre pensamiento  
 Fué el rey que reyes con su soplo abate;  
 Libre de todo se lanzó al combate  
 Y del mundo moral crugió el cimientto.  
 Al bien, á todo bien haciendo guerra  
 La excéptica razón de fe desnuda,  
 Y elevando cual árbitro á la duda,  
 Vuelve á reinar el caos en la tierra.

"Sea la luz" y no es. Divino acento  
 Pronunció la palabra; pero el hombre  
 De la razón en nombre  
 Temblar haciendo el inmutable asiento  
 Los dominios pervierte de la idea,  
 Y cual deidad se crea  
 Lo que no es nada: el libre pensamiento.  
 Dios manda y no obedece la criatura,  
 Orgullo de Luzbel el aire puebla,  
 Dios dice: ¡la luz sea! y la tiniebla,  
 Es la tiniebla impura.

Crece la audacia y el orgullo crece  
 De la ciega que luz llamóse impía.  
 El caos al Señor obedecía  
 Y el caos del orgullo no obedece.

Es la Razón que de Luzbel conserva  
 La rebelión que toca al infinito;  
 La que escuchando de Satán el grito  
 Le llama Libertad, porque es su sierva.

No es el Dios de Siná que entre portentos  
 Redujo al pueblo imbécil que adoraba  
 Al ídolo nefario;  
 El Dios de los tormentos,  
 El Dios que siempre amaba,  
 Llama á la humanidad desde el Calvario.

Es la cena de amor que á amor apremia,  
 Es Dios que por el hombre da la vida.  
 Lloro él la oveja, por su mal, perdida,  
 Y responde Voltaire con la blasfemia.

"Sea la luz," y no es.

Á Dios resiste

Lo que se llama ciencia.

Á la razón formó la Omnipotencia  
¡Y dice la razón que ella no existe!

Y el mundo necesita  
La luz. ¿Cómo tenerla de la nada?  
¡Ay! la razón del hombre es limitada  
Y la luz en su fuente es infinita.

Y el hombre imbécil al azar se entrega  
Comprender no queriendo su destino,  
Y lejos del Espíritu Divino  
Ya no la Fe, que es la Razón la ciega.

La Fe mira que es cierto  
Lo que no alcanza á ver. Y su enemigo  
Tiene como castigo  
Buscar la vida en lo que se halla muerto.

Él, sed inmensa de progreso siente  
Y al porvenir se lanza;  
Mas camina y avanza  
A la luz de la duda solamente.

La duda es triste y á su influjo muere  
Aquella luz en que el amor reposa.  
Siempre es ciega la noche tempestuosa  
A pesar del relámpago que hiere.  
¡Negro es el caos que la duda enciende  
Y que ha sido en relámpagos fecundo!  
¿Y triunfará en el mundo  
Sin más fanal que lo que el hombre entiende?  
No; Dios lo dijo, el Sabio y el Eterno,  
El que la historia entre sus manos tiene,  
Y contra la verdad que de Él nos viene,  
Nada podrán las puertas del infierno.

¡Mas no se hace la luz! Vano es que vibre  
Esa voz soberana. . . . .

Es porque el hombre es libre;  
Dios no destruye la razón humana.  
Él le da luz y con la luz lo llena  
Y amor eterno con su amor inspira;  
Mas si rebelde cual Luzbel lo mira  
Cual á Luzbel lo escucha y lo condena.

“No serviré” del ángel y del hombre  
La voz igual el crimen evidencia,  
Y aunque el Querub se asombre  
El crimen de los dos no tiene nombre  
Y hace cubrir la faz á la clemencia.

¿Y ha de vencer el mal? ¿Y á sus reclamos  
Cederá el bien porque su fuerza es mucha?  
¡Ah, no! Si el hombre infiel contra Dios lucha,  
Lucharemos por Dios los que lo amamos.  
A los cristianos da suprema gloria  
El que en luchar tenemos por maestro:  
Dios vence y ese triunfo es también nuestro .  
Y con Dios compartimos la victoria.

Pero duerme Jesús, duerme, y su barca  
Azotan los furiosos vendabales;  
Contra Dios y su Cristo son iguales  
El pueblo y el monarca.

¡Es la revolución! Pródiga en dones  
Domina entre la plebe y la nobleza;  
Desde el pie, y de su planta á la cabeza  
No se halla sanidad en las naciones.

Es preciso luchar; es necesario  
Preparar el futuro vencimiento  
Con las armas de Dios, sin desaliento,  
Con la cruz que es el arma del Calvario.

¡Luchemos! y el dolor hiere las almas,  
 Pero en medio al dolor, ¡altas las frentes!  
 Nos contemplan los ángeles sonrientes  
 Y bajan de los mártires las palmas.

¡Mas qué lucha! El poder y la riqueza  
 Contra nosotros hoy están unidos;  
 Los que odian á los fieles elegidos  
 Son grandes con satánica grandeza.  
 Su bandera por eso está muy alta;  
 Oro, poder, placeres la sostienen,  
 Y todo, menos Dios, todo lo tienen,  
 Y todo, menos Dios, todo nos falta.

Pero luchamos; porque el mártir muere  
 Y es su sangre de fieles la semilla;  
 Y jamás la virtud más pura brilla  
 Que cuando el arma del dolor la hiere.  
 Y aceptamos la guerra y de consuno  
 Previmos los azares de la guerra.  
 En nuestra contra el mal alzó la tierra;  
 Mas nosotros, luchando, somos uno.  
 Y esta lucha titánica demuestra  
 De quién, antes que venza, es la victoria:  
 Que es, y lo dice la inmortal historia,  
 Del mal la multitud, la unidad nuestra.  
 Pues nos cobija de León la gloria,  
 De él, que lleva en la lucha armipotente  
 La corona de mártir en la frente  
 Y en la mano el laurel de la victoria.

Del mal es fuerza que el furor comience  
 Pues vió al mirar la Iglesia combatida  
 Que es un signo de triunfo cada herida  
 Y en calabozos y en suplicios vence.  
 ¡Así es! y el pueblo unido á sus pastores  
 Nada teme; mas estos invencibles

Han de sufrir los golpes más terribles  
 Y el dolor si igual de los dolores.

Ellos son capitanes denodados  
 Que al pueblo electo llevan á la guerra;  
 Del Colegio Apostólico se encierra  
 La santa majestad en sus cayados.

De ellos sois vos, Señor. ¡Cuán fiero embate  
 Sufristeis en los mares procelosos!  
 Que hace más de seis lustros bien gloriosos  
 Que venís presidiendo en el combate.

No gozásteis jamás horas serenas  
 Y en ello estriban vuestras grandes glorias.  
 No se pueden contar vuestras victorias,  
 Mas contarse no pueden vuestras penas.

La prisión, el destierro, el Oceano,  
 De la persecución la saña impía,  
 El amago que dura todavía. . . . .  
 ¡Y siempre firme el corazón cristiano!

Así lo prometisteis cuando á mares  
 Vertió Dios sus favores en vuestra alma,  
 Pues aceptásteis la sangrienta palma  
 Hoy hace medio siglo en los altares.

¡Cuántos vencisteis! ¡Vencereis á cuántos!  
 Porque vuestra alma es jóven, como era  
 El feliz día en que por vez primera  
 Penetrásteis al Santo de los Santos.

También la Iglesia lo es. Que la tormenta  
 A sí misma se agote hasta la ruina.  
 ¡Se hará la luz! y brillará divina  
 En la base inmortal en que se asienta.

¿Visteis la tempestad? Sus alas mece  
Amenazando valles y montañas,  
Los rayos engendrando en las entrañas,  
Y el cielo todo entero se oscurece.

La tierra está turbada hasta su seno,  
Y dominan los ruidos á millares,  
Las aguas azotando en los palmares,  
Repitiendo los cóncavos el trueno.

Pero sobre esa nube que importuna  
Engendra sus relámpagos postreros,  
Están vistiendo luces los luceros  
Y alumbrando los rayos de la luna.

RAMÓN VALLE.

## POESÍA.

Diez lustros ha fué vuestra frente ungida  
Y por fulgores místicos bañada:  
Comenzó para vos la nueva vida  
De abnegación, de afanes circundada.

Entonces los que estaban en la nave  
Mística, que es de Dios el incensario,  
Vogaban en un mar de vaivén suave  
Conduciendo la insignia del Calvario.

La religión de paz, sin rebeliones,  
Bálsamo fué de males no prolijos  
Y, como el cielo azul nuestras regiones,  
Cobijaba de México á los hijos.

Si se vían turbadas las conciencias,  
Hallaban el refugio en los altares:  
Hoy las conturban mutiladas ciencias  
Y se sienta el dolor en los hogares.

No se decía entonces del creyente  
Que en tiniebla exicial gemía preso,  
Ni la duda anidando en nuestra mente,  
Signo era de saber y de progreso.